

Sección internacional

ASUNTOS GENERALES

La tercera reunión de los ricos

La tendencia seguida por las variaciones del producto nacional bruto y por las inversiones en los principales países capitalistas indica que la recesión económica generalizada finalizó en 1975, a pesar de las vacilaciones posteriores debidas al debilitamiento de la recuperación en el segundo semestre de 1976.¹

La principal característica que marcó el fin del receso es que la recuperación llegó sin que se hubiera podido terminar con la inflación. Por ese motivo, el movimiento de reanimación general de la economía que benefició a las naciones capitalistas industrializadas fue inseguro y rodeado de continuas tensiones. La inflación permanente, generada por la monopolización creciente de los mercados y por el peso de los déficit presupuestarios, confiere una gran inestabilidad al sistema de precios. Las continuas alteraciones, producidas por la necesidad de obtener una porción mayor de los ingresos o de conservar las posiciones conquistadas, de acuerdo con la fuerza que cada gran empresa o sector económico sea capaz de ejercer en el mercado, promueve bruscas modificaciones en los costos de producción, altera continuamente los movimientos de capital, alienta el desarrollo de la especulación y generaliza la disputa por la redistribución

1. Véase "Otra vez el fantasma de la crisis", en *Comercio Exterior*, vol. 26, núm. 10, México, octubre de 1976, p. 1182, y "Peligro inminente de nueva recesión mundial" en *Comercio Exterior*, vol. 26, núm. 11, México, noviembre de 1976, p. 1317.

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., sino en los casos en que así se manifieste.

de los ingresos, en escala nacional e internacional.

El comercio mundial, que siempre fue un riguroso exponente de la desigualdad económica entre las naciones, lo es más en un momento en que las tensiones inflacionarias y la lucha por el reparto de los mercados se han vuelto particularmente virulentas, dando lugar al recrudecimiento de las guerras comerciales y del proteccionismo. En medio de semejante batalla, los débiles se tornan más vulnerables y los fuertes parecen menos dispuestos a hacer concesiones. El sistema monetario internacional, permanente reflejo de los desajustes en el intercambio, genera ahora continuos desequilibrios. Los poderosos acumulan medios internacionales de pago y créditos a su favor, los débiles pierden divisas y aumentan su endeudamiento. A su vez, el gran desequilibrio de los pagos contribuye a fomentar el proteccionismo, la desigualdad económica y los procesos inflacionarios.

El sistema económico capitalista se desenvuelve en la actualidad en medio de un permanente desequilibrio muy cercano al caos. Numerosas conferencias internacionales, a lo largo de los últimos años, se han dado a la tarea de tratar de ordenar ese caos mediante acuerdos parciales o sectoriales. Pero como cada vez se fue tornando más complejo el cúmulo de temas sobre los cuales era necesario procurar acuerdos, y como esos acuerdos se fueron haciendo cada vez más inalcanzables, surgió la idea de empezar desde arriba: una conferencia cumbre que trazara las grandes líneas estratégicas de la colaboración económica entre los países capitalistas poderosos.

El proyecto fue lanzado en julio de 1975 por el presidente de Francia, Valéry Giscard d'Estaing, para discutir, sin orden del día y de manera relativamente informal, los grandes problemas económicos y monetarios. La primera reunión se cele-

bró cuatro meses después, en Rambouillet. Allí se discutieron los grandes lineamientos del futuro régimen de tipos de cambio que adoptaría el Fondo Monetario Internacional (FMI) en el artículo IV de sus estatutos. El régimen cambiario es una pieza clave para los ajustes en los pagos internacionales y los países capitalistas estaban divididos por un desacuerdo esencial. Francia reclamaba la vigencia de los cambios fijos, pero Estados Unidos se inclinaba por la flotación. En Rambouillet se llegó a una aparente transacción que, en los hechos, significó un acercamiento de Francia a las posiciones de Estados Unidos: se procuraría llegar a un sistema estable de tipos de cambio, pero a través de posibles modificaciones en la paridad, en las que tendría un papel destacado el consejo del FMI. Al modificarse el artículo IV, los miembros del FMI dejaron de estar obligados a mantener sus paridades cambiarias. La economía interna es la que debe conferir estabilidad a la balanza de pagos, con lo que cualquier corrección en las paridades llevaría en lo sucesivo a dictar una política económica y monetaria acorde con el sentido de esa modificación. De alguna manera, el acuerdo de Rambouillet institucionalizó la flotación. Se trataba de un aspecto fundamental para el reordenamiento del sistema monetario, y el acuerdo político para llevarlo adelante surgió de aquella "cumbre".²

En San Juan de Puerto Rico, en junio de 1976, se llevó a cabo la segunda "cumbre" económica. Esta vez el tema central de discusión era la búsqueda de una estrategia común para orientar la etapa de la recuperación. Se trataba de decidir cuál sería la magnitud del empuje que se le conferiría a la reactivación, porque existía el peligro de que una

2. Véase "La reunión de Rambouillet", en *Comercio Exterior*, vol. 25, núm. 11, México, noviembre de 1975, p. 1265.

expansión acelerada viniera acompañada de una agudización del proceso inflacionario. La fórmula aprobada fue la de darle impulso al crecimiento, aunque cuidando atentamente la evolución de los precios.

El diálogo en el más alto nivel, si bien expresa por un lado la exclusión de las naciones más débiles, no sólo de las menos desarrolladas, sino también de las que integran el privilegiado mundo del desarrollo, refleja asimismo el hecho indiscutible de que las decisiones de las economías más concentradas son las que darán la tónica a las restantes. En efecto, no hay más que observar la evolución de las modificaciones ocurridas en el volumen total de inversiones por país.³ Los cambios correspondientes a Japón, Estados Unidos y la República Federal de Alemania (RFA) orientan la evolución de la curva de inversiones en el resto de los países capitalistas avanzados y señalan el curso de la coyuntura económica internacional.

Diez meses después de la "cumbre" de Puerto Rico, la estrategia común que habría de aplicarse en la etapa de recuperación seguía siendo uno de los principales problemas que debían discutirse, tanto porque las diferencias entre los grandes países industrializados se habían acentuado, cuanto porque la concepción de esa estrategia global aparecía estrechamente vinculada a otras cuestiones de gran importancia sobre las que se estaba muy lejos de llegar a un acuerdo. Muchos de esos problemas sólo quedaron definidos, parcialmente, después de la reunión de Londres.

Puede afirmarse que el objeto más general de la reunión de Londres era, entonces, definir una estrategia común para Occidente después de la recesión. Cuando James Carter asumió la presidencia de Estados Unidos, confiaba en lograr que la RFA y Japón aceleraran sus respectivas economías para aumentar sus importaciones y transferir medios de pago internacionales al resto del mundo, con lo que se aseguraría un mayor ritmo de crecimiento global y una disminución de la tasa de desempleo. El nivel de desocupación puede calcularse en unos 17 millones de personas en el mundo capitalista industrializado, y en no menos de 300 millones de personas en los países subdesarrollados. La aceleración

de las economías japonesa y alemana no iba a poder, naturalmente, resolver un problema de tal magnitud, pero Carter confiaba en que, por su intermedio, se lograría una atenuación del fenómeno del desempleo en Estados Unidos y Europa occidental.

La República Federal de Alemania y Japón se negaron a seguir la estrategia propuesta por Carter. El ministro de Finanzas germano, Hans Apel, se comprometió a que su país tendría una tasa de crecimiento de 5% durante el año en curso,⁴ apenas medio punto superior al promedio calculado por el director del FMI, Johannes Witteveen, para la totalidad de los países desarrollados capitalistas, y medio punto inferior al promedio logrado por esos mismos países en 1976.⁵ Además, anunció que la RFA llevaría a cabo inversiones en infraestructura por un valor equivalente a 6 500 millones de dólares en los próximos cuatro años, en calidad de aporte a la recuperación económica mundial.⁶ Tanto la RFA como Japón adoptaron una moderada política de expansión por temor a las consecuencias de la inflación. El muy módico aporte alemán a la expansión mundial revela que las estrategias nacionales de los países ricos no se apartan un ápice de sus propios intereses, por lo que puede afirmarse que, en este aspecto, de la "cumbre" de Londres no surgió una verdadera reactivación de la economía mundial, lo que en cierto sentido constituye un fracaso para Carter.

La fijación de la estrategia global de crecimiento involucraba también la obtención de cierta armonía entre los países capitalistas asistentes a la "cumbre": Estados Unidos, Alemania federal, Japón, Francia, Gran Bretaña, Italia y Canadá. En primer lugar está el problema del proteccionismo y de las guerras comerciales encubiertas. El proteccionismo estadounidense se hace evidente en las propuestas de aumento de los aranceles a la importación de televisores japoneses y de zapatos, en las solicitudes de los industriales siderúrgicos y en las propuestas para reducir las importaciones de azúcar, sin hablar ya de la pretendida constitución de un cártel mundial para mantener elevados los precios del trigo y

usarlo como un arma de negociación con los competidores y adversarios, en un lento ejercicio del "food power". El proteccionismo europeo tampoco le va a la zaga. La Comunidad Económica Europea (CEE) alienta limitaciones a las importaciones de acero, y cada país por separado eleva de una u otra manera sus barreras aduaneras. En el Apéndice del comunicado de la reunión de Londres se reconoce el peligro que ello significa: "Las políticas proteccionistas fomentan el desempleo, acrecientan la inflación y socavan el bienestar de nuestros pueblos".⁷

Pero las negociaciones iniciadas hace tiempo en Tokio se desarrollan con excesiva lentitud y los obstáculos al comercio se acrecientan. Estados Unidos teme que Europa occidental eleve sus barreras para frenar la entrada de productos japoneses y desea que la CEE se constituya en un mercado más accesible a sus crecientes exportaciones agrícolas, pero no por ello deja de ejercer un proteccionismo, a veces más sutil, pero infinitamente más poderoso, como es el que surge de la oposición al desarrollo de técnicas de vanguardia en las industrias nuclear y aeronáutica europeas. Sobre estos aspectos, la reunión de Londres se limitó a dejar abierta la puerta de las negociaciones y a plantear una serie de buenos deseos.

En lo que respecta a las políticas industriales, no es un secreto para nadie que detrás de la estrategia de "no proliferación" de las armas atómicas, planteada por Carter, se encuentra también el deseo de mantener o, en todo caso, de asegurar la preponderancia tecnológica de los monopolios estadounidenses en ese sector. Si Japón y Europa occidental renunciaran definitivamente a sus planes en materia nuclear, tenderían a convertirse, a la larga, en clientes de la industria norteamericana, tal como les sucederá a Francia y Gran Bretaña si no logran que el "Concorde" pueda utilizar el principal aeropuerto del mundo, el de la ciudad de Nueva York. En estos aspectos, la política de Estados Unidos no hace más que seguir el derrotero trazado previamente por la industria monopolística de ese país. En estos puntos no hubo pleno acuerdo en Londres. En pequeña medida, los alemanes cedieron ante los norteamericanos, ya que los primeros convinieron en suspender el

4. Véase *Excelsior*, México, 29 de abril de 1977.

5. Véase *Excelsior*, México, 13 de mayo de 1977.

6. Véase *Excelsior*, México, 18 de mayo de 1977.

7. Véase *The New York Times*, Nueva York, 9 de mayo de 1977.

3. Véase "Agenda for London", en *The Economist*, Londres, 30 de abril de 1977.

financiamiento para construir un generador nuclear hasta que se aclaren algunos aspectos concernientes al uso del plutonio.⁸ Sin embargo, las actuales diferencias tendrán que entrar, necesariamente, en una larga etapa de negociaciones. Desde otro punto de vista, el atento examen del Apéndice del comunicado de la reunión de Londres evidencia que, con o sin diferencias, las grandes naciones capitalistas "declaran que están instaladas en una estrategia nuclear irreversible, en el campo de la energía".⁹ Esa nueva estrategia implica una futura relativización del uso de los hidrocarburos y, por tanto, lleva implícita una advertencia para los países productores de petróleo, que con tanto éxito han podido disputar en los últimos años una gran parte de la liquidez internacional a los países capitalistas avanzados.

En el plano financiero y monetario, tampoco existe pleno acuerdo. En las reuniones de los ministros de Finanzas de los países miembros del Banco Mundial y del FMI quedó en evidencia que las naciones industrializadas no tienen ninguna estrategia coherente que ofrecer a los países menos desarrollados para resolver el problema que representa el aumento del endeudamiento, ya que nadie dijo que tuviera fondos disponibles para prestarles. Los países en desarrollo habían reclamado una segunda asignación de Derechos Especiales de Giro (DEG) por el equivalente de 12 000 millones de dólares para el trienio 1978-1980, pero Estados Unidos afirma que basta con un tercio de esa suma. Los subdesarrollados también exigen que se ponga en marcha un servicio de crédito suplementario. El FMI propuso, a través de Witteveen, un fondo de 16 600 millones de dólares para atender los problemas de balanza de pagos y de endeudamiento externo, pero nadie se comprometió a efectuar los aportes necesarios para que el proyecto se lleve a cabo. Al parecer, los países capitalistas industrializados esperan que sean los productores de petróleo quienes le tiendan una mano a sus empobrecidos socios del Tercer Mundo. Arabia Saudita prometió 5 000 millones de dólares para el proyecto, a cambio de más poder dentro del FMI y aún no hay acuerdo sobre el asunto. También hay diferencias entre

los países subdesarrollados y las naciones industrializadas acerca del aumento de las cuotas del Fondo. Empero, ninguno de estos problemas tuvo un principio de solución en la conferencia "cumbre".

Por el contrario, los conceptos que se desprenden del Apéndice del comunicado son muy sombríos. El otorgamiento de los préstamos se subordinará estrictamente a la adopción, por parte de los "beneficiarios", de políticas de estabilización consideradas apropiadas por parte de los países industrializados que ejercen el control del FMI. En todo caso, los petrodólares se tendrían que sumar, a través de dicho organismo, a la política de ajuste practicada por las naciones industrializadas en perjuicio de los países más débiles, mediante un reforzamiento de los poderes de aquella entidad internacional de crédito sobre la coyuntura económica y financiera mundial. Aunque algunos países de Europa occidental representados en la "cumbre" resisten las prácticas del FMI (Italia y Gran Bretaña), todos han estado de acuerdo en que las normas de conducta del Tercer Mundo no pueden apartarse de los cánones más ortodoxos.

Para los países subdesarrollados no existe ningún planteamiento alentador que pueda surgir de la "cumbre" de Londres. Parece que los europeos consiguieron ablandar la intransigencia estadounidense en algunos aspectos referentes a las materias primas y al fondo económico para hacer posible una política de estabilización de los precios de estos productos. Sin embargo, de la declaración no surge ninguna propuesta práctica y algunos comentaristas se inclinan a pensar que se trata de una argucia para ganar tiempo, reflatar la conferencia Norte Sur sin ninguna perspectiva cierta y, finalmente, llevar el problema hasta las negociaciones de Tokio, en el seno del GATT, que jamás se ha caracterizado por llegar a conclusiones que favorezcan los intereses del Tercer Mundo.

Es indudable que el capitalismo mundial de los monopolios ya no puede desenvolverse asegurando el pleno empleo. Ni siquiera es capaz de lograr un acuerdo entre sus socios mayores. Entre ellos, los más débiles presentan problemas que —conservando las distancias— se parecen bastante a los de los países menos desarrollados, sobre todo en lo que atañe a la inflación y al endeudamiento externo. El propósito principal

de la "cumbre" fue coordinar estrategias entre los grandes países capitalistas industrializados, sin que ello asegure siquiera un próximo curso de firme ascenso para la economía mundial. Tal como lo observa *The New York Times*, "la clamorosa promesa de liberar al mundo de su peor recesión económica desde los años 30 finalizó con el comunicado en el que las siete naciones reunidas pretenden contestar todas las preguntas, excepto la más importante: ¿cuándo?".¹⁰

Evidentemente, el acuerdo entre los "grandes" distó mucho de ser completo. Muchas de las cuestiones más importantes apenas empezaron a discutirse. Sin pleno acuerdo en la "cumbre", queda abierto el peligro para un recrudecimiento del proteccionismo y de la guerra comercial, sin olvidar la amenaza siempre presente de las tormentas monetarias. Todo ello entraña no sólo que la enorme masa de desocupados seguirá sin trabajo, sino también que, a raíz de las diferencias, el choque entre las distintas políticas nacionales puede acentuar aún más la tonalidad depresiva con que la economía mundial entró en la etapa de recuperación. Los grandes, en todo caso, llegaron hasta donde pudieron, desbrozando el camino para próximas negociaciones o, quizá, para desacuerdos aún más profundos. No obstante, las diferencias serán en lo posible eludidas, porque las naciones capitalistas avanzadas saben que sin un acuerdo mínimo entre ellas no hay posibilidad de funcionamiento de la economía mundial.

Empero, aun ese precario acuerdo, que es la garantía de la mínima recuperación en marcha, tiene una gran ausencia. La mayor parte de la humanidad, la que integra el Tercer Mundo, no ha encontrado ninguna respuesta adecuada a sus problemas en la "cumbre" de los ricos ni tiene la esperanza de que, en el porvenir inmediato, esos problemas sean tratados de tal manera que le signifiquen una mayor esperanza de desarrollo y bienestar. Y esta es, quizá, la consecuencia más grave de la reunión de Londres. Los países capitalistas avanzados sólo han conseguido un mínimo acuerdo, suficiente para seguir desarrollando sus diferencias, pero esa perspectiva es tan estrecha que es posible que las naciones subdesarrolladas no alcancen a compartir en una medida adecuada los limitados beneficios de la recuperación. □

8. Véase *El Día*, México, 12 de mayo de 1977.

9. Véase Hernando Pacheco, "La Conferencia de Londres, asunto para reflexionar", en *El Día*, México, 18 de mayo de 1977.

10. Véase "Summing up the Economic Summit", en *The New York Times*, Nueva York, 11 de mayo de 1977.

El FMI y la moneda internacional

ALFREDO LAGUNILLA IÑARRITU

I

Para controlar las profundas consecuencias monetarias de la segunda posguerra (sin caer en los terribles ajustes depresivos de la primera, ya que disponíamos de una experiencia tan fenomenal como la gran depresión) pudo erigirse ese monumento que denominamos Fondo Monetario Internacional (FMI), que desde 1944 fue designado para ordenar el caos monetario posbélico, así como para dictar normas de convivencia y regularidad en el desarrollo compartido del mundo.

La pieza fundamental del nuevo ordenamiento monetario internacional consistía en el mantenimiento de cambios fijos dentro del patrón cambio-oro y la constitución de una reserva central-mundial formada por monedas asociadas y oro. Y a la cabeza de todas ellas el dólar de Estados Unidos, el mayor acreedor surgido de las dos grandes guerras mundiales. Mas como una parte de Europa se encontró en el área de las monedas arruinadas por la segunda gran guerra, el Plan Marshall las apuntaló por los años en que tales monedas lograron restablecer el mejor equilibrio posible de sus balanzas de pagos y conciertos comerciales con el resto del mundo, hasta atraer con ventajas bancarias a los eurodólares o dólares fugitivos de ciertos controles norteamericanos.

Luego este panorama de primacía y superdominio del FMI durante los fines del cuarto decenio y los decenios completos quinto y sexto dio al mundo la esperanza de que el régimen de cambios fijos y reserva central para ordenar las balanzas de pagos tenía un porvenir operatorio que quizá un día amaneciera en la creación de una moneda mundial propiamente dicha. Es decir, una moneda internacional sin base en metrópoli emisora como el dólar o la esterlina, sino en un órgano como el FMI. (A propósito de monedas internacionales se habló de "bancor", "besante" y otros títulos.)

Sin embargo, durante esos decenios quinto y sexto, el FMI ya comenzaba a dar señales de inseguridad e incapacidad para contener el desorden, aun habiendo conseguido prodigios como la restauración monetaria europea y su mercado de eurodólares. Tal inseguridad consistía en tener que autorizar a numerosos países asociados para devaluar en cascada por incapacidad de sus balanzas de pagos para situarse en una línea de equilibrio mejor logrado, incapaces tales países de seguir las recomendaciones del FMI. Esta dejación de poderes no pareció, en un principio, mayormente grave hasta que a finales de los años 60 el quirigay monetario

exigió de las autoridades monetarias reunidas en el FMI dar a luz los bendecidos "Derechos Especiales de Giro" (DEG), primera acometida sobre las reservas del Fondo como medios para disponer de monedas fuertes con las cuales sostener los crecientes déficit entre las monedas asociadas débiles.

Los Derechos Especiales de Giro no son monedas sino "cebras" (medio divisas y medio créditos, pero más de lo segundo que de lo primero). El hecho es que esta forma intermedia y transitoria de los DEG, "recomprables a plazo" y no documentos de mercado abiertamente dichos, no aflojó tampoco las distensiones de las balanzas externas ni apoyó a los cambios fijos.

El hecho fue que aumentaron las balanzas de pagos que estaban en peligro, por lo que se generalizó la rebelión de las monedas flotantes nunca reconocidas oficialmente por el FMI, quedando así rota la estructura del sistema de cambios fijos. Al final, la flotación monetaria, incluido el caso de México, ha venido siendo la regla general y la práctica aceptada con más o menos convencimiento, pero obligada por la necesidad.

II

Como se sabe, la flotación desarrolla dos ventajas iniciales a nivel de los desequilibrios existentes, a saber: levanta en parte el rigor de la convertibilidad que cada banco central venía obligado a sostener en los casos de cambios fijos o "apoyados", y deja a los tomadores de créditos internacionales (sean gobiernos o particulares) frente a sus acreedores exteriores, sin la ayuda indirecta de su banco central respectivo. De esta manera, se ha vuelto a la libertad entre deudores y acreedores internacionales, dejando de lado al paternalismo (lo llamaríamos así a falta de otro concepto), a los cambios fijos del FMI y a las ayudas a través de las balanzas de pagos por mediación de los bancos centrales.

O sea que con los cambios flotantes cada gobierno está obligado a exigir a su país respectivo un mayor esfuerzo para nivelar y equilibrar sus balanzas de pagos *vis à vis* de los centros monetarios existentes: norteamericano, europeo o del llamado petromercado.

No quedó ahí el problema: la entrada de los petrodólares y el renacimiento de los déficit entre las monedas europeas con agravación deficitaria en países no petroleros del mundo, ha venido a complicarlo todo: 1) con refloramiento de la inflación internacional; 2) mayor debilitamiento de las monedas no petroleras y 3) cambios fundamentales en la posición del FMI como regente monetario mundial.

Estos cambios fundamentales en el FMI proceden de un debilitamiento de su posición central en las políticas monetarias mundiales, derivadas de: a) el abandono de los cambios fijos entre las monedas asociadas por lo menos en la práctica; b) bajas fundamentales en las tenencias de reservas de oro

del FMI (reservas de reservas); c) cambios también en la posición de reservas como apoyo a balanzas de pagos (corto y medio plazo) *por la entrada franca del FMI a las funciones de prestamista de última instancia.*

Esta postrera función de prestamista de última instancia viene ahora ejerciéndose bajo dos condiciones: 1) que el país prestatario no reciba otras fuentes de crédito por insolvencia o incapacidad de pago; 2) estos préstamos son ayudas que no responden a capital del FMI, ni recursos retirables de terceros (como ocurriría con un banco) sino procedentes de las cuotas proporcionadas por sus asociados: política que en estos momentos ha sido ampliada en reciente reunión a nivel del sistema.

O sea, que el FMI ha perdido varios poderes comprendidos en el proyecto de constitución original (1944), verbigracia: la emisión de moneda propia, la fijación de cambios fijos, más la baja de reserva en oro, así como poderes emanados de su condición de apoyo a los desequilibrios a corto plazo de las mencionadas balanzas de pagos.

En verdad de verdades los cambios flotantes (fuera del juego auténtico del FMI) y los préstamos de última instancia (dentro del juego de ese organismo), son instrumentos menores dentro de los altos propósitos iniciales que fueron atribuidos al Fondo y que brillaron mientras los cambios fijos mantuvieron un equilibrio más o menos tolerable en puridad.

Tampoco debe olvidarse que la banca mundial (Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y otras instituciones internacionales) igualmente ha perdido posiciones de préstamos frente a los concedidos por grandes sindicatos bancarios privados.

Mientras que los organismos de Bretton Woods han venido perdiendo fuerza, la magnitud de las deudas atribuidas a los países en desarrollo (cerca de los 200 000 millones de dólares) explica la gravedad de la situación. Los grandes sindicatos de bancos comerciales que levantan todavía préstamos a medio plazo en el mercado de eurodólares y en el simultáneo de Estados Unidos, más las ayudas esporádicas de los países petroleros grandes, son los que llevan el peso de los préstamos normales en el mundo, habiendo disminuido también el papel prestador de los *merchant banks* y otros sistemas bancarios paralelos a los bancos comerciales.

III

En todas estas transformaciones, dentro de las cuales el FMI representa un papel en repliegue, ¿podría vislumbrarse *en el gran futuro* alguna nueva y esencial función para su mejor representación dentro de necesidades manifiestas del mundo que vivimos?

Pues bien, cualquier fórmula imaginable para el futuro ha de poseer tres condiciones: 1) revitalizar la alicaída posición

del FMI en sus funciones básicas; 2) crear un instrumento internacional netamente monetario en manos del FMI y 3) que tal instrumento venga a seguir ayudando al desarrollo del mundo retrasado en su incorporación a la madurez económica.

Esta unidad monetaria internacional de momento quedaría limitada a ser una *moneda de operación* cuyas características y funciones básicas iniciales serían aproximadamente:

1) Creación de un departamento emisor en el FMI, para el lanzamiento de una unidad-moneda y unidad cuenta con valor de cambio basado en una canasta de divisas y oro, en la medida en que esto último sea posible, dadas las circunstancias del momento.

2) Este valor de cambio podría variar con el tiempo, una vez que su uso y utilidad quedaran ligados a la condición de talón independiente.

3) Las limitaciones de su emisión inicial estarían representadas por: a] cuotas individuales concedidas a los países en desarrollo inscritas en un registro (excluyendo a las grandes naciones petroleras) por la cuantía del comercio real cruzado de importación-exportación en ejercicio dentro de un mercado triangular y de más lados, más un suplemento de cuota como crédito de desarrollo por un período revisable y ajustable; b] la suma de cuotas concedidas por el departamento emisor del FMI a los países inscritos en el panel sería ajustable como circuito o circuitos de redescuento comercial-internacional y sus respectivos arbitrajes; c] el FMI dispondrá de una reserva especial de circulación que actuará como fondo de apoyo a la emisión; d] luego, la emisión del FMI tendrá por función el intercambio comercial de bienes y servicios reales y no funciones de financiamiento para renovar deudas ni pagar intereses de intereses (anatocismo), ni adquisición de títulos-valores; por lo menos en un tiempo previo que habría de resolverse en un par de años.

4) Dentro de este marco de operación intercomercial y sus servicios, el total de la emisión representaría un crédito adicional y mundial que permitiría a los países sustituir una parte de las monedas nacionales y extranjeras que ahora utilizan para hacer frente a operaciones de compraventa u otros servicios con el exterior.

5) Al cabo de este lapso de dos años, el FMI podría determinar si la unidad de "operación y sonda diseñada" sería utilizable en un segundo mercado de títulos-valores de radio internacional, cuya emisión quedaría en manos de los países de cuota, pero cuya oferta y circulación entre sindicatos bancarios o bancos mundiales sería autorizada por el Fondo.

6) Todo país beneficiario de cuota por esta unidad de operación quedaría en libertad para rechazar la que le

correspondiera en cualquier tiempo y oportunidad, o bien para formar un control de cambios para detener:

- i) la formación de depósitos bancarios no relacionados con las funciones de operación exterior de la moneda;
- ii) su acumulación interna con fines de atesoramiento o sustitución de funciones de la moneda nacional.

7) Esta moneda no formaría inicialmente parte de la reserva de circulación del sistema de operación; sin embargo, quedaría en estudio la posibilidad ulterior de:

- i) que los países de cuota contribuyeran con esta moneda a la formación parcial de sus reservas de disposición en el FMI, o
- ii) que a lo largo del tiempo sea la única reserva de circulación del sistema mundial, a fin de retirar gradualmente del tráfico monetario internacional a las monedas con metrópoli: por supuesto, ideal muy lejano en el tiempo previsible.

8) El uso y tráfico de esta moneda de operación —cuyo nombre de emisión debe estudiarse en su momento— ayudaría a formar un criterio sobre la retirada del FMI de sus actuales funciones como prestador de última instancia.

9) Quedarían en vigor todas las funciones adicionales: gran banco de datos, consultoría financiera y monetaria, *pool* o fondo de maniobra en las monedas internacionales de pago (DEG).

IV

Como fórmula cuyo desarrollo se vislumbra en lontananza, esta moneda de operación, destinada a revitalizar el FMI, tiene muchas preguntas que contestar. Así, por ejemplo, como es en puridad una moneda intercomercial en su lanzamiento y se basa en cuotas en su comienzo, ¿sería atractiva para los países muy necesitados de soluciones mayores? Estos países con altos déficit ¿entenderían la conveniencia de utilizar dos medios simultáneos de pago: uno intercomercial y otro de monedas corrientes sobre la base de operaciones de largo plazo? Respecto de los países con divisas internacionales —especialmente dólares— ¿entendería Estados Unidos las ventajas resultantes de reducir los riesgos del préstamo en sus propios haberes internacionales, cuyo juego afecta su posición acreedora neta?

Es de suponer que sólo la contracción reinante en los préstamos internacionales nos pueda dar algún día una respuesta adecuada a la fórmula que estamos proponiendo en estas notas.

¡Albricias para quienes dieren con la fórmula apropiada! □